

Prólogo

Coslada, Madrid. Año 1998

Desalmada y furiosa. Implacable y letal. Poderosa y soberbia... Pero sobre todo, libre.

Así se sentía la Bestia mientras recorría las calles de Coslada, con la mirada al frente y sin un destino concreto en mente, salvo aquel que sus pies seguían por instinto. No era más que una oscura sombra moviéndose entre la gente que, sin saber muy bien por qué, se apartaba asustada a su paso.

Provocaba miedo y pavor, un terror que calaba en la columna vertebral y se expandía por el cuerpo de los escasos viandantes con los que se cruzaba. Por lo demás, se movía entre ellos con total impunidad, como si fuera invisible.

Así debía ser. Si algún humano viera la fuente de aquel súbito e incomprensible escalofrío de terror huirían espantados. Y hasta una Bestia desalmada como ella sabía que debía ocultarse de aquellas patéticas y débiles criaturas.

Se movía con rapidez y agilidad, con la cabeza gacha y enseñando el lomo, con sigilo, como el felino depredador que era en realidad. Sus ojos, de un aterrador verde fosforescente, se movían de un lado a otro, buscando la maldad y perversión que saciarían su hambre. Sus manos eran ahora unas garras, letales y despiadadas. Sus colmillos estaban desplegados por completo. Su aliento salía entre sus labios entreabiertos, con aquel peculiar ung-ung-ung típico de los felinos. Un gruñido largo y severo moría en su garganta.

¿Su destino? No importaba.

¿Su víctima? Cualquiera.

¿Su objetivo? Liquidar.

Libre de las cadenas que le aprisionaban día tras día desde el inicio de los tiempos, corría orgullosa y triunfal. Sí, libre del otro ser con el que compartía el cuerpo, su guardián, su celador, aquel capullo egocéntrico, fanfarrón y pintamonas. Había podido burlar su estricta vigilancia.

Por fin.

El Daimon destructor que le atacó había tenido mucho que ver. Había puesto furioso al capullo, furia que había alimentado a conciencia, haciéndole bajar la guardia y permitiendo que la Bestia saliera.

Se detuvo bruscamente, mientras olisqueaba el aire. Formó lo que pretendía ser una sonrisa cuando el olor a maldad y a perversión inundó sus fosas nasales. Miró a su alrededor, primero a la izquierda, luego a la derecha. Finalmente se decantó por girar hacia la izquierda. Vio frente a él a las bestias de metal, perfectamente alineadas, calmadas y en silencio, sin su atronador run-run característico. Las había de varios colores y tamaños, y se movió entre ellas con sigilo. Al lado, aquel enorme edificio que no sabía muy bien para qué servía y, tras él, las vías por donde transitaba aquella bestia enorme y alargada, la misma que competía con su propia velocidad y que abría sus tripas para que aquellas subcriaturas, los humanos, se perdieran en su interior antes de desaparecer por el horizonte.

Siguió caminando con el mismo sigilo, casi sin respirar, atenta a cualquier sonido.

Le llegó en forma de una risa, seguida de un jadeo y... ¿un sollozo?

Se movió con rapidez hacia el rincón oscuro de donde procedía, olisqueando y escudriñando en la oscuridad de la noche, hasta que le vio.

Le dio igual que no fuese un Oculito. Le dio absolutamente igual que fuera un humano decrepito que apenas le llegaba al esternón. Y le dio absolutamente igual que tuviera el pelo blanco, que el olor a putrefacción ya se hubiera apoderado de su patético cuerpo, avisando que tenía los días contados.

Le dio igual porque su nauseabundo olor a maldad y perversión le hizo arrugar la nariz, asqueada. Pero, sin embargo, aquel inconfundible hedor era la prueba innegable de que solo ese maldito y depravado bastardo podría alimentarle aquella noche. Estaba de espaldas a la Bestia y frente a la verja del enorme edificio, con los pantalones bajados y babeando.

Se abalanzó sobre el humano como el animal depredador que era, rápidamente, en silencio, pero con un ataque certero. Abrió la boca y clavó los colmillos directamente en su yugular, para succionar con ansia su sangre. Al hacerlo ronroneó, mientras se deleitaba y se alimentaba de él. Cuando no quedó más que beber,

sencillamente destrozó su cuerpo con sus garras, hasta no dejar más que un amasijo de carne carente de cabeza, piernas y brazos. A continuación, y en cuestión de minutos, simplemente se comió parte de lo que un día había sido un humano.

Suspiró cuando terminó, satisfecha y saciada. Era el momento de esconderse, de volver a aquel agujero que era su prisión, le gustase o no. Miró al cielo cuando una tromba de agua cayó sobre ella, dispuesta ya a abandonar el cuerpo y devolvérselo a su legítimo dueño, pero otro sonido llamó su atención.

Olisqueó de nuevo, pero esta vez se sorprendió cuando las aletas de su nariz se dilataron de placer ante el olor a inocencia y pureza que le llevó una brisa de aire. Miró al frente, casi sin ver, pues cuando se alimentaba todos sus sentidos se veían considerablemente mermados. Descubrió un pequeño bulto en la oscuridad, en el mismo lugar donde momentos antes había estado el humano. Si no hubiera sido por aquel extraño atuendo color rosa nunca se hubiera percatado de que se trataba de otro humano.

Uno pequeñito. Muy pequeñito.

Se acercó despacio a la diminuta criatura, con cautela, atenta al más mínimo movimiento, dispuesta a saltar sobre ella si se atrevía a escapar de sus garras.

La criatura no se movió. Hasta la Bestia llegó el sonido de un sollozo contenido, así que se acercó todavía más, hasta que estuvo frente a ella. Se agachó para estar a la misma altura y ver su rostro.

Era una hembra.

Tenía el cabello negro, ahora mojado por la lluvia, y se pegaba a su rostro impidiéndole vérselo del todo. Con una garra, tan grande como la cabecita de la pequeña hembra, le retiró el cabello para poder contemplarla mejor.

Temblaba como un flan. Tenía los labios y los ojos fuertemente cerrados; los labios para no gritar. Los ojos para no ver, como si así pudiera escapar de su fatal destino, de aquel horror que ahora se había parado frente a ella. Apretaba contra su pecho una bolsa, también color rosa, a juego con su vestimenta.

La Bestia ladeó la cabeza cuando algo en la bolsa le llamó la atención. Había un papel con algo que supuso serían letras. No sabía leer, pero se preocupó de memorizar aquel jeroglífico de finos trazos con el fin de que el capullo de su celador los descifrara para ella. Luego, lentamente, alzó sus ojos luminosos hacia el rostro de la criatura.

Ahora tenía los ojos abiertos y la miraba espantada.

Se quedó maravillada. No pudo —ni quiso— apartar su mirada de aquel remanso de paz. Eran unos ojos rasgados, inocentes, de un verde tan intenso como los suyos en estado natural. Pero lo que le dejó fascinada, lo que realmente cautivó a la Bestia, fue su carita de gata.

Acercó su rostro a ella, que apartó la cara y cerró de nuevo los ojos con fuerza, pero se limitó a olisquearla.

Todavía no, se dijo.

No era el momento.

A aquella pequeña hembra le faltaba poco para conseguir la madurez.

Ronroneó como el leopardo que era.

Sí, ya habría tiempo. No mucho. Tal vez una década. Tal vez más. La Bestia sabía cuándo la criatura estaría lista.

Sin embargo, no pudo evitar hacer lo que hizo. No, no pudo hacerlo.

Agarró su cabecita y la ladeó, dejando al descubierto un cuello blanco y suave, mientras la criaturita no paraba de temblar.

Hizo un sonido con su garganta, un sonido que pretendía ser una dulce melodía, una nana tranquilizadora, aunque en el fondo no era más que un gruñido largo y contenido, casi tan aterrador como sus ojos, que ahora miraban febriles el cuello de la criatura.

Sin más hundió sus colmillos en el cuello.

No pretendía beber su sangre. No lo necesitaba, pues estaba saciada. Tan rápidamente como la mordió, la soltó, pasando su lengua por la herida para cerrarla.

Gruñó de satisfacción mientras la miraba con regocijo.

Ya estaba hecho.

Ya podía irse tranquila.

Nadie, absolutamente nadie, se atrevería a tocar a aquella criatura. No, nadie se atrevería a ponerle ni un solo dedo encima.

Solo dijo una palabra, de las dos que sabía decir en aquel extraño idioma que solía usar el capullo, el único que entendían los Humanos.

De sus labios salió un gruñido que pretendía decir:

—Mía.

1

Coslada. Año 2010

El sonido de un móvil me sacó del trance.

Fruncí el ceño mientras miraba el edificio frente al que estaba. Era uno de los chalets de las Conejeras, de ladrillo visto y tres plantas.

No sabía qué hacía allí, pero no me asombró. No era la primera vez, y algo en mi interior, tal vez la Bestia que había en mí, me decía que no sería la última.

En los últimos doce años me había encontrado en una situación similar, aunque, para ser sincero —alarmantemente sincero—, últimamente ocurría bastante a menudo. Para mi desconsuelo, sucedía casi a diario, como si esperase algo. Lo sabía, con una certeza que me dejaba helado. Y más aún cuando, tras despertar, todavía sentía a la Bestia moviéndose inquieta en mi interior, paseándose de un lado a otro, furiosa, expectante y... ¿preocupada?

Soy lo que mis hermanos Ocultos llaman una Bestia.

Una Bestia despiadada y letal.

A veces no sé de dónde saco fuerzas para contener a la criatura depredadora y letal que hay en mí, pero con los años he conseguido mantenerla a raya... a veces.

Cuando la Bestia se apodera de mí, cuando no consigo controlarla, invade toda mi persona. En esos momentos —a veces minutos, a veces horas—, no tengo conciencia de lo que ocurre, y luego despierto de golpe, perdido y confuso y con un dolor de tripas de mil demonios.

Lo que me extrañaba, lo que no podía llegar a entender por más que lo intentaba, era que en aquellas ocasiones en las que perdía el control y despertaba frente a aquel chalet no me doliera la tripa, que no sintiera fuego en la garganta y que no estuviera saciado de sangre.

Más bien al contrario. Cuando la Bestia reculaba y me dejaba tomar las riendas de nuevo sentía un extraño e insaciable apetito,

unas ganas locas de saltar el muro y adentrarme en aquel edificio para calmar mi sed. Pero mi sed no era de sangre.

No, amigos. No tenía ninguna necesidad de beber. Mi sed era de otro tipo, de esa que nace en los huevos y te inflama la polla hasta casi reventar.

Eso ocurría siempre que despertaba ante aquel chalet.

Aquella noche no fue distinta.

Con un gesto de rabia y de impotencia tiré de mis pantalones para dar más holgura a aquella mole exigente que se había levantado por voluntad propia entre mis piernas.

Bufé.

No hacía falta acercarme al edificio para averiguar quién vivía allí. Las luces apagadas me indicaban que no había nadie en su interior. Y más que el sepulcral silencio y quietud del interior, mi Bestia confirmaba aquel indicio, porque pareció perder todo interés por la construcción y sus habitantes, a quienes, en realidad, no había visto nunca.

En el muro exterior había una placa. Tan solo hacía un año que la habían puesto, sustituyendo a otra anterior, pero yo ya me sabía de memoria lo que ponía en ella:

Lda. S. Martínez-Ruiz,

Psicóloga.

Tfno: 91-672-...

Me rasqué la cabeza, mientras me preguntaba si aquello era una señal. Tal vez mi subconsciente —o sea, mi Bestia—, me estaba indicando algo. Cierto que necesitaba ayuda, que a veces todo me desbordaba, pero... Venga ya, ¿tanto como para acudir a un loquero? Y además, ¿a un loquero humano?

No, amigos. Lo que a mí me ocurría difícilmente me lo podía solucionar un humano.

Solo Mael.

Mael es un semidiós, un hijo de puta con mayúsculas que hace cientos de años me maldijo.

Sí, amigos. Estoy maldito. Y todo por culpa de esos seres insignificantes y débiles que se creen el ombligo del mundo. ¿Qué culpa tengo yo de que ellos sean tan patéticos, que sean mortales y fáciles de dominar? ¿Qué culpa tengo yo de que sucumbieran a mis ansias de poder y de... sangre?

Vale, vale. Cierto que me pasé de la raya, que maté a demasiados humanos en el pasado por capricho, cuando era el dueño y señor de un feudo. Pero, ¡joder!, hasta el punto de condenarme a hacer justo lo contrario...

Porque ahora tengo que protegerles. ¡Aggg!

¡Bah! ¿Qué importaban unos humanos menos, con la cantidad de ellos que hay en el mundo? Cojones, el porcentaje de mi raza con respecto a ellos no llega ni al cero coma cero uno por ciento. Si lo miramos desde mi punto de vista —un punto de vista egoísta, lo sé—, podríamos decir que estamos invadidos. Esas subcriaturas son peor que el cáncer... Crecen, se reproducen y mueren, pero destruyen todo a su paso, sin importar quien caiga con tal de conseguir su objetivo.

¡Y el semidiós dice que yo soy egoísta! ¡Ja!

De pronto me sentí muy cansado. El día anterior me había atacado un Daimon, uno de esos demonios menores que levantan el caos a su paso.

Los Daimons se alimentan de eso que tienen los humanos, el alma, pero a veces nos atacan a los Ocultos, especie a la que pertenezco, para usarnos. Ellos saben que nosotros somos más fuertes que ellos, y que si nos atacan podemos llegar a rozar el lado oscuro, el mismo del que huimos gracias a nuestra fuerza de voluntad. Si un Daimon llegara a apoderarse de nuestro cuerpo, no tendríamos control y las víctimas humanas se contarían por cientos.

El Daimon que me atacó fue de la Locura. Gracias a mis hermanos de raza y a los líderes de zona de los Ocultos fue posible que no se apoderase de mí, que no llegase a tocar a la Bestia que hay en mí y desatarla.

Me estremecí de solo pensar lo que hubiese podido ocurrir, porque estaba seguro que ello hubiera sumado unos cientos de años a mi condena.

Esa noche teníamos una reunión. La hacíamos en mi pub, como todas desde hacía veinte años, cuando nos trasladamos a Coslada. Mael no me explicó el motivo de esta tediosa obligación. Sencillamente se plantó frente a mí con su característico ¡*Plaf!* y dijo:

—Leo, a partir de ahora nos reuniremos en tu local todos los viernes para distribuir las zonas.

Y a tomar por culo.

A día de hoy, no he encontrado la forma de escaquearme, y no me queda más remedio que obedecer, así que todos y cada uno de los viernes me tengo que tragar el orgullo y permitir que los líderes de zona invadan *La Guarida*.

No son muchos, gracias a los Dioses. Están los Custodios, Ronan y Dru. Les tolero relativamente. Ronan quizá sea el que mejor me cae de todos. Es ejecutor, y da gusto verle matar chupasangres. Dru es sanador, además de ejecutor, y me da grima. Todos sabemos el infinito poder que tiene —o pudiera tener, si así lo quisiera—. Es muy solitario, muy calmado y muy... rarito. A veces pienso que es maricón, ya que nunca le he visto con una hembra, aunque, ahora que lo pienso, tampoco le he visto con un macho.

Siguiendo con los líderes de zona también está Alfa, o, como le llamamos, el Chucho. Es un jodido lobo-hombre. Sí, sí, no lo he dicho mal, y por vuestro bien os aconsejo que le llaméis así y no al revés. Digo, si no queréis pasar a mejor mundo... Es un auténtico imbécil. Me cae de puta pena, con esa prepotencia y ese semblante siempre tan serio. ¿Es que nunca se relaja? Jodido Licántropo, estoy deseando tener una excusa para medir mis fuerzas con él.

Por último está Dolfo. Es un Real muy antiguo y el líder de su raza. No sé qué pinta en nuestras reuniones pero, dada su pureza, Mael insiste en contar con él para eliminar a los Infectados.

Quiero aclararos algo, porque creo que estoy hablando por hablar y no os estáis enterando de nada: en nuestro mundo habitan dos especies de vida inteligente; los humanos y los Ocultos. Estos últimos están compuestos por distintas razas; los Bestias, a la que pertenezco, los Licántropos, los Custodios, que una vez fueron humanos, y los Reales.

Todos estamos obligados a proteger a la Humanidad. ¿De quién? Pues de cualquier criatura de la que se vean amenazados; Daimons, Infectados, Corruptos...

Los Infectados y los Corruptos son, al igual que los Reales, chupasangres, de esos que solo sobreviven si beben sangre con frecuencia. Los Reales son originarios, puros, y únicamente se alimentan entre ellos. No hay problema con ellos, aunque pueden caer al lado oscuro si cometen el error o la insensatez de alimentarse de un humano. Entonces se vuelven unos viciosos, ya que la sangre humana les contamina. Pasan a ser Corruptos. Y luego están los Infectados... Maldita plaga, jodidos cerdos...

Sucede a veces que los Corruptos pasan su enfermedad a los humanos de los que se alimentan, y estos, a su vez, van por ahí convirtiendo a otros humanos. Son un auténtico incordio, aunque muy fáciles de matar. Y ahí, amigos, es donde entramos los líderes de zona, ya que estamos obligados a deshacernos de esa escoria y vigilar que no maten ni se alimenten de los humanos.

Ahora os preguntaréis: ¿por qué tengo sed de sangre en momentos puntuales? Muy sencillo. Los Ocultos somos hijos de la Triada de la Oscuridad, los dioses celtas de la noche: Taranes, Teutates y Esus. El primero es el dios de la luz, el rayo y los cielos. Teutates es un dios guerrero, admirado por todos. Pero Esus es un capullo integral. Es una divinidad de los bosques, pero es un sádico y —le guste o no— el mayor bebedor de sangre de la historia. De él hemos heredado nuestra necesidad de beber sangre, aunque no necesitemos hacerlo a menudo. Por supuesto, está prohibido matar a nuestro anfitrión, tan solo se nos está permitido beber un sorbito.

Hace ya muchísimos años que no lo hago.

Yo.

Mi Bestia es otro cantar. No sé —ni quiero saber— lo que hace ese animal cuando se desata.

En resumidas cuentas, los Ocultos no dejamos de ser terroríficas criaturas, obligadas a la inmortalidad y a servir a la Triada por el bien de la puñetera Humanidad.

Esa obligación me hizo alejarme del lugar donde me hallaba al recordar la reunión de urgencia que tenía con los líderes de zona. Comencé a andar en dirección al polígono, donde se hallaba La Guarida, mirando de vez en cuando hacia atrás.

Llegué al pub en menos que canta un gallo, ya que uno de nuestros poderes es la velocidad. Bajé directamente a mi cueva, donde me dejé caer en un sillón. Todavía faltaban veinte minutos, así que me concentré todo lo que pude y más para relajarme, ya que todavía estaba excitado.

Cuando al cabo de cinco minutos no tuve éxito, llamé a Raúl.

Pertenecía a mi misma raza, como todos mis empleados. Raúl, en concreto, era el encargado del pub.

—Dime, Leo —contestó.

—Oye, Raúl, ¿está por ahí la putita? Ya sabes, la humana que suele parar por aquí, esa que va siempre tan caliente.

—Sí. ¿La necesitas?

Joder, y tanto que la necesitaba.

—Llévala a mi despacho.

—Eso está hecho.

No dije nada más, sino que me limité a asentir.

Me apresuré a subir al despacho, aunque hacerlo me costó un triunfo, porque el roce de mis pantalones me estaba matando. La putita ya estaba allí, caliente y dispuesta. Como siempre.

—¿A cuatro patas o de rodillas? —se limitó a preguntar.

A ver, punto uno: para mí el sexo era una necesidad, solo una necesidad. No lo concebía de otra forma, ni lo había conocido de otra forma. Punto dos: para mí solo existían dos maneras de encontrar alivio.

—De rodillas. Y rapidito, que tengo una reunión.

—Sabes que tienes que pagarme —dijo no sin cierto temor.

—De esos temas hablas con Raúl. Ahora, de rodillas.

Me senté en el sillón mientras me desabrochaba los pantalones y me los bajaba.

—¡La Virgen! —exclamó la putita cuando vio mi erección. Levanté la cabeza, que había dejado caer hacia atrás, para ver la causa de su asombro.

¡Cojones! Sí que estaba empalmado.

—Venga, venga. Ponte a ello —ordené con un deje de impaciencia.

Al segundo gruñía de satisfacción. Si recurría a aquella humana era porque la tía era buena en lo suyo. ¡Ummm! Muy buena.

No necesité más de cinco minutos.

Una vez aliviado, bajé a la sala pequeña y maloliente donde celebraba las reuniones. Encima de puta no iba a poner la cama... ¿Qué esperaban? ¿Que les recibiera en mi remanso de paz? ¿Que les dejara invadir mi intimidad? ¿Que la bebida corriera de mi parte? Anda y que les dieran. Con aquel cuartucho tenían suficiente.

Cuando entré, Ronan ya había llegado. También estaba Keve.

El muchacho era un humano que no hacía mucho se nos había unido a la plantilla, a petición de Ronan. Era, por así decirlo, su escudero. A decir verdad, era por el único humano por el que sentía cierto respeto, ya que dedicaba su vida voluntariamente a matar Infectados. Parecía muy joven, con aquella cara de duende, pero si uno miraba sus ojos azules veía una sabiduría y una madurez impropias para su edad... Impropias incluso para su especie.

Dru no tardó en llegar. Les vi saludarse con camaradería, casi con afecto. Ladeé la cabeza, intrigado. ¿Cómo sería tener sentimientos? ¿Qué se sentiría al saber que eres importante para alguien?

Estuve meditando durante varios minutos sobre ello, hasta que al final, sin llegar a ninguna conclusión, me encogí de hombros.

—¿Y tú por qué tienes esa cara de estreñido, Custodio? —pregunté a Ronan, por el simple hecho de meterme con él y porque... ¡qué diablos!, tenía en verdad cara de vinagre.

—Perdona, ¿me hablas a *mí*?

Una de las cosas que más me molestaba de mi hermano Ronan era aquella prepotencia, aquella manía suya de enfatizar el *mí* y el *yo*, como si fuera el amo.

Y yo era el *puto amo*, que quede claro.

—No, le hablo a tu puta madre —contesté socarronamente.

Finalmente conseguí mi objetivo, porque Ronan se levantó de golpe dispuesto a una buena pelea. Una pena que Dru le sosegara.

Siempre pasaba con Dru. Tenía esa capacidad que yo tanto admiraba de controlar a los demás, con esa voz suya tan calmada y serena.

Cuando por fin estuvimos todos comenzó la reunión. Mael comenzó felicitándonos por el trabajo que la noche anterior hicimos con los Daimons, pero luego se metió con Ronan, porque por lo visto el Astur tenía mal de amores. Aquello fue la hostia. Todos nos reímos de nuestro hermano Custodio hasta que las lágrimas se nos saltaron. Él trató de negarlo, por supuesto, pero yo no pude dejar pasar la ocasión de meterme con él.

Finalmente nos serenamos y concluimos la reunión. Habían aparecido problemas, pues una panda de Corruptos polacos había llegado a la ciudad y estaban buscando la forma de caminar bajo la luz del sol.

No recuerdo mucho más, ya que no me interesaba gran cosa.

A mí que me dijeran a quién tenía que matar, y punto.

Deshicimos la reunión al cabo de media hora. Todos se marcharon, salvo Dru y Ronan, que se quedaron a tomar algo. Como no me apetecía verles, subí al despacho y me senté en el cómodo sillón. Sin darme cuenta saqué mi móvil y marqué un número de teléfono. Cuando me percaté de ello, miré fijamente el móvil. Sabía perfectamente a quién pertenecía aquel número.

Estuve un rato mirando la pantalla y pasándome la mano por

mi corto cabello. Finalmente, y para mi propio asombro, pulsé la tecla de llamada.

Aguardé impaciente, sin saber muy bien qué me encontraría al otro lado de la línea, dispuesto a colgar en cualquier momento. Al cabo de cinco tonos, descolgaron.

Suspiré desilusionado cuando me contestó una voz nasal y aguda indicándome que dejara un mensaje.

—Otra vez será... —dije después de colgar.

2

—Entonces, ¿trato hecho?

El hombre miró impaciente a la pequeña albina que había frente a él. La miraba ansioso, casi desesperado.

—No sé, Rafa... No me gusta esto. No quiero mentir a mi mejor amiga.

—Alba —dijo él en un tono de advertencia—, ya hemos hablado antes de esto. Recuerda que es por su bien.

—¡No me hagas esto! No lo soporto. ¿Con qué cara quieres que me plante frente a ella y la mienta? Me lo va a notar...

—Hoy no. De Buenos Aires a Madrid son doce horas de vuelo, por lo que no se va a dar cuenta. No se tendrá ni en pie.

—Pero eso es pan para hoy y hambre para mañana —repuso la albina—. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ella. Ya sabes cómo es.

Rafa suspiró, cansado. Cielos, Alba tenía razón. Ella se iba a dar cuenta.

—Pues entonces que sea tarde. Hoy no. Estará cansada y...

—¡Calla! —exclamó Alba en un susurro—. Ahí viene.

Estaban en la T4, esperando impacientes y nerviosos a la recién llegada. Cuando la vieron soltaron un suspiro que iba del alivio a la desesperación.

Caminaba con paso firme, resuelto, pero sigiloso y calmado. A ambos se les vino a la mente la imagen de una *Mau* egipcia, con aquella elegancia, aquella esbeltez y aquella sinuosidad en sus andares felinos.

Era alta, aunque no en exceso. Con su metro setenta y cinco destacaba sobre la media de las mujeres, cosa que no le impedía el uso de zapatos de tacón. La altura añadida de los tacones daba una longitud de vértigo a sus piernas, las más bonitas que habían visto sus ojos.

Toda su figura era espectacular. Aunque era delgada, no lo era

tanto como para considerarla angulosa. La naturaleza, empero, había seguido el curso natural en ella, dotándola de formas y curvas allí donde era necesario. Si uno miraba su cuerpo, el conjunto final estaba marcado por la armonía.

Tenía el cabello negro azabache, largo y completamente liso. Solía llevar el flequillo muy corto y hacia un lado, estilo Audrey Hepburn. Eso acentuaba su cara de gata.

Tenía la boca grande, pero de labios carnosos y suaves que normalmente esbozaban una sonrisa que siempre llegaba a sus ojos verdes.

Y era chata. Alba tenía una nariz pequeñita, pequeñita, pero no era del todo chata. Su amiga, sí.

—Dios, tiene un aspecto fantástico —susurró desolado Rafa.

Alba asintió con la cabeza. En verdad estaba fantástica. Llevaba un traje de chaqueta color gris marengo y una camisa blanca que se ceñía a su pecho. Elegante y sexy. Arrebatadora y serena. Cercana y distante.

—Ay, sí. Ya te dije yo que se iba a dar cuenta.

Mecánicamente abrieron los brazos mientras salvaban la distancia que les separaba de su amiga para fundirse en un abrazo colectivo.

La recién llegada les regaló una espectacular sonrisa, mientras reía de puro contento.

—Jolines, no sabéis lo mucho que os he echado de menos.

—Y nosotros a ti, Selene —corearon.

—Bueno, bueno —dijo Selene después de apartarse de ellos y observarlos en un salvaje escrutinio—. Vaya aspecto tan maravilloso que tenéis... Alba, tienes que contarme lo de Ronan.

—Ya habrá tiempo para eso —cortó Rafa con impaciencia—. De momento, vayámonos de aquí. Tienes que descansar.

—Solo estoy un poco cansada, pero no lo suficiente para... —Selene se interrumpió al ver que sus amigos comenzaban a protestar—. No, en serio. Si no tenéis nada que hacer, nos vamos a tomar unas cañas y me contáis qué ha pasado todo este tiempo.

Alba puso los ojos en blanco.

—Tan solo han sido diez días, Selene...

—Ya. Pues en diez días tú has perdido tu virginidad. Y eso, amiguita, se merece un brindis. ¿Habéis venido en coche o en taxi?

Rafa resopló. Selene no iba a cambiar nunca. Tenía el rostro pálido y bajo los ojos dos feas bolsas negras, pero aunque estuviera muerta de cansancio no pararía hasta averiguar que todo estaba en su sitio.

Jodida psicóloga...

—En coche —contestó Alba.

Selene frunció el ceño cuando su amiga miró a Rafa de reojo con recelo.

—Ah, bien —dijo rápidamente, intentando que su voz no sonara alerta.

Rafa se hizo cargo de la maleta y se quedó a propósito rezagado. Miró a las dos mujeres que había delante de él, sintiéndose impotente. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? ¿Debería contarle todo y acabar de una vez con aquel sinvivir?

Miles de preguntas se le cruzaron por la mente mientras se dirigían al aparcamiento. Miró al frente, donde el coche estaba aparcado. Antes de darle al mando para abrirlo, suspiró derrotado.

Sí. No podían ocultarle la verdad a Selene por más tiempo.

—Es este —señaló él.

Selene se detuvo frente a...

—¡La caña! —exclamó atónita—. ¿Desde cuándo tienes tú un X6? ¿Es que te ha tocado la lotería?

—Más o menos —masculló Rafa. No pudo evitar sonreír tímidamente, tratando por todos los medios de no mirar a Alba.

—¡Jolines! Menudo carro. ¿Y cuánto dices que te ha tocado en la lotería?

—Un premio... grande.

—¡Y tanto! —se rio Alba.

Rafa se giró para increparla con la mirada.

A la psicóloga tampoco le pasó desapercibido aquel gesto. Parecía como si sus dos amigos compartieran una broma íntima, de la que ella estaba totalmente excluida.

—En serio —insistió.

—Es de... Mael, el jefe de mi novio. Nos lo ha prestado —confesó Rafa.

—¿Tienes un nuevo novio? —preguntó la psicóloga alegremente.

—No un nuevo novio. El definitivo.

—Ya —exclamó Selene, mientras asentía lentamente con la cabeza—. Y ahora voy yo, y me lo creo.

—Te lo dije —oyó susurrar a Alba.

—Calla —interceptó Rafa.

Como buena psicóloga Selene sabía que presionándoles no iba a conseguir nada, así que se montó en el asiento trasero del coche y les apremió para que subieran.

—Vamos, chicos. Y pon música, que estoy hasta el moño de tanto tango.

Les vio relajar los hombros y soltar un suspiro de alivio. Sonrió a medias. Bien, así les quería tener, tranquilos y relajados. En cualquier momento se delatarían a sí mismos. Cualquier palabra, cualquier gesto, sería estudiado hasta el milímetro por ella.

Rafa ocupó su lugar en el asiento del conductor y se dispuso a poner música. Todos soltaron un grito de horror al escuchar la caótica y chirriante música techno.

—¡Apágalo, apágalo! —gritaron las mujeres al unísono.

Rafa se rio con ganas, a la vez que subía el volumen.

—Vale, vale, ya lo quito —sucumbió finalmente y tras muchas protestas—. Mira que sois melindrosas...

—Es un horror.

—Una atrocidad.

—¿Y vosotras decís eso?

Ambas eran unas apasionadas de la música metal, en todas sus variantes, aunque a juzgar por su vestimenta nadie lo diría. Alba era una fan incondicional de Manowar, y Selene de Metallica. Casi tanto como de Zara.

Entre risas y bromas llegaron a Coslada en veinte minutos. Decidieron ir al Zocoslada, un pequeño centro comercial cercano a la estación de tren, ya que estaba muy cerca de casa de Selene. Optaron por sentarse en una terraza, pues el soleado y cálido día de primeros de mayo así lo permitía.

—¿Qué tal todo por Argentina? —preguntó rápidamente Rafa, en un intento de que Selene comenzase a hablar sin parar y evadir el tema que tanto le asustaba.

Selene se encogió de hombros con indiferencia, pero sus ojos mostraron tristeza y soledad.

—Ya sabéis cómo va esto; mi padre se pasa todo el día en el banco, y mi madre con sus amigas de compras y en el bingo.

—Pero, ¿y tú qué hacías?

—Pues... pasear, ir a la playa, ir de compras... Por cierto, os traigo montones de regalos.

—Después. Ahora dime que te has enrollado con un argentino guapísimo que te ha hecho gritar de placer.

Pretendía ser una broma, pero Rafa deseó haberse mordido la lengua cuando vio el gesto de dolor de su amiga.

—Muy lejos de eso. Tal vez los argentinos tengan éxito en España, pero lo que es en Argentina... Uf, no. Quita, quita. —Fingió estremecerse—. No hay mucho que decir, así que ya estáis empezando a contarme. Y Alba, empezarás tú.

—Poco más de lo que te conté por teléfono —comenzó a decir Alba sin mirar a los ojos de su amiga—. Ronan y yo, después de arreglar nuestras diferencias, vivimos en una nube. Yo... esto... me he trasladado a su casa.

—Venga ya —exclamó Selene, escéptica—. Pero si apenas le conoces.

—Créeme. Es como si le conociera de toda la vida.

Selene no insistió, porque su amiga se había ruborizado. Ya la pillaría a solas, ya...

—¿Y tú, Rafa? ¿Quién es ese nuevo novio tuyo?

—Esto... ejem... No creo que le conozcas. Es... compañero de trabajo de Ronan.

Selene miró a uno y a otro alternativamente. Estaban ocultando algo. Lo sabía, tan cierto como que la tierra giraba alrededor del sol.

—No vais a contarme nada, ¿verdad? —preguntó airada.

—Oh, Selene —respondió su amiga lastimeramente.

—No creo que sea el momento adecuado, Selene —dijo Rafa en el mismo tono—. Nosotros... necesitamos tiempo.

Selene se pellizó el casi inexistente puente de la nariz con gesto cansado.

—En ese caso, puesto que yo no tengo mucho que contar y vosotros no vais a soltar prenda, veo absurdo que sigamos aquí. Tengo montones de cosas que hacer.

—Selene, cariño —protestó Alba cuando la psicóloga se levantó del asiento de mala gana.

—Ni Selene, ni hostias. Sé que tratáis de ocultarme algo, pero a tenor de vuestros rostros felices no insistiré en el asunto. Solo me importa saber que estáis cojonudamente bien.

Feo asunto. Su amiga Selene solo decía tacos cuando estaba enfadada o alterada.

—Más que bien, Selene —confesó Rafa—. Ambos estamos enamorados. Y felizmente casados...

—¡Rafa, por Dios! —gritó Alba.

Selene les miró con los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Cómo que estáis casados? ¿Cuándo? ¿Y por qué?

—No te sulfures, Selene. Ronan y Wiza son... extranjeros, y nos unimos a ellos con un ritual de su... país.

—Tú eres una traidora por no haberme llamado para contármelo. Y tú, también.

—Seli...

—No me llames así, Alba. Ya no somos unas niñas. ¡Ah, cielos!

—sucumbió finalmente, derrotada y cansada—. ¿Qué estoy haciendo? Anda, venid aquí y dejadme felicitaros como Dios quiere y manda.

Rafa y Alba brincaron de sus asientos para abrazar a Selene, que ahora era un despliegue de sonrisas.

De pronto sonó un móvil. Era el de Alba, que se apresuró a descolgar. Su rostro era el vivo retrato de la felicidad.

—Hola, tipo duro... Sí, ya la hemos recogido... Pues en Coslada, ¿dónde voy a estar?... Tomándome una cervecita... Mira que eres paranoico. Estoy perfectamente. Y te dije que me iba a entretener... ¡No me grites, container de testosterona!... Vale, en un rato voy... Hasta luego... No, no se me olvida nada... Pero mira que eres pelma... Te quieeeeero... ¡Eres un guarro! —Alba colgó con un gesto de impaciencia y un bufido, pero cuando se giró a mirar a sus amigos tenía pintada una sonrisilla de enamorada—. Dios, cómo quiero a este macho.

¿Macho? Selene frunció el ceño.

Iba a decir algo al respecto cuando sonó el móvil de Rafa. Su conversación no distó mucho de la que Alba había mantenido con su novio.

Selene sonrió tristemente.

—Anda, largaos ya. Corred junto a vuestros novios y sed felices.

Alba y Rafa intercambiaron una rápida mirada.

—No, nos quedamos contigo.

—Yo ya me iba. Todavía estoy con el jet-lag. Venga, vámonos de una vez.

Selene agarró la pesada maleta y echó a andar. Se percató de que sus amigos no insistieron mucho en quedarse. ¡Ay, lo que era el amor!

Sonrió durante el corto trayecto hasta su chalet. Tan pronto traspasó la puerta, soltó la maleta. Ya se encargaría Luisa de ella,

la empleada doméstica que iba a su casa todos los días desde hacía veinte años.

Subió los escalones de dos en dos, se arrancó la ropa y se metió en la ducha. Pensó que se sentiría algo más animada, pero tan pronto salió del baño se dejó caer en la cama.

Y luego se echó a llorar.

—Leo, ¿has visto los titulares del periódico?

Me giré y miré a Raúl.

—No. ¿Por qué? ¿Hablan de mí?

—No. Siguen con lo del cementerio.

Reí por lo bajo. Esos Humanos eran la hostia. Mira que armar tanto revuelo por nada. Hacía una semana habíamos saqueado las tumbas... ¡Eh, eh! No os pongáis así, que fue por una buena causa. La panda de polacos Corruptos que llegaron a la ciudad querían apresar a Alba, la Compañera de Ronan, porque decían que era algo así como un portal para caminar bajo la luz del sol, pero la cosa salió mal y el jefe de los Corruptos decidió enterrarla viva en el cementerio.

Yo mismo participé en su rescate. Sí, aunque no os lo creáis. Esa hembra es digna de admiración, y se ha ganado el respeto de todos los Ocultos. Incluido el mío. En aquel entonces pensaba que era una lástima que estuviera tan enamorada del Custodio...

—Me la trae floja, Raúl.

—Ya lo suponía.

—Entonces, ¿para qué me lo cuentas?

—Para tocarte los huevos.

Le enseñé los dientes, pero el muy cretino pasó de mí y se fue riendo.

Gruñí largo y tendido, mientras centraba mi atención en la montaña de papeles que había sobre la mesa del despacho.

En realidad no necesitaba hacerlo. Tenía todo lo que un macho podía desear; comida, bebida, hembras... Pero tenía una enfermedad: la hiperactividad.

Por norma general Mael nos proporcionaba todo lo que queríamos. Mi Ferrari 458 color rojo —como tenía que ser— era un regalito del semidiós, así como todos los lujos de mi refugio. Sin embargo, me gustaba contar con algo de autonomía e indepen-

dencia, por eso regentaba un pub. Todos los gastos salían de mi bolsillo. Los beneficios, me los llenaban.

Me gustaba mantenerme ocupado, haciendo la lista de la compra, discutiendo con los proveedores —siempre por teléfono, claro—, llevando la contabilidad... Esas cosas de empresarios. Cuando me cansaba de tanto número me sentaba en el sofá y ponía la PlayStation. Mis juegos favoritos eran el Guitar Hero, Mad World y, por supuesto, Resident Evil.

Los tenía todos, y me partía de la risa con ellos. No sabía qué me gustaba más, si tocar la guitarra, o matar zombis.

Eso, y la música, hacía que no pensara en nada.

Y esa, amigos, era toda la terapia que necesitaba para mantener controlada y encerrada a mi Bestia.

Y pensando en terapia...

Agarré el teléfono y marqué un número. Miré al techo, mientras esperaba escuchar la ya familiar voz aguda y nasal.

—¿Diga?

¡Cojones! Me incorporé de un salto, asombrado. Vaya, era la primera vez que me contestaba una persona, y no aquella odiosa máquina. Comencé a andar por el despacho, de un lado a otro, mientras me rascaba la cabeza.

—¿Diga?

Cerré los ojos. Me gustó mucho aquella voz. Tanto, que apreté el teléfono contra mi oreja. Ah, era grave para ser femenina, pero sensual, con esa entonación entre cantarina y cansada, calmada, pausada...

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Mmmmm. Sí, me gustó mucho su voz. Ahora era vibrante, con una nota de preocupación. Seguí en silencio, expectante a que aquella hembra dijera algo más.

—Sé que está ahí —dijo al cabo de un rato—. Oigo su respiración.

En un acto reflejo me tapé la boca.

—No tiene que tener miedo. Yo puedo ayudarle.

Sin querer se me escapó una carcajada.

¿Yo? ¿Miedo? ¿Ayudarme?

Colgué, a la vez que movía la cabeza de un lado a otro. Y sonreí. Vaya, me sentí divertido. Y eso, amigos, era muy, pero que muy raro.

Sin pensármelo dos veces, volví a marcar.